

**HOMILÍA**  
**INAUGURACIÓN AÑO ACADÉMICO**  
**SEVILLA**  
**3 DE OCTUBRE DE 2019**

La Palabra de Dios que hemos escuchado en esta Eucaristía, y con la que damos inicio a este nuevo año académico, nos ayuda a asumir la actitud justa ante el empeño que todos estamos llamados a emprender.

De hecho, como nos enseña la primera lectura, no basta con tener la buena voluntad de empeñarnos en una empresa para considerar que estamos en la vía justa, como sería el estudio de la teología. Al igual que los constructores insensatos de la ciudad de Babel, también, quien quiere conocer a Dios y a su mensaje auténtico deber saber que existe el riesgo de autosuficiencia: querer alcanzar el cielo (mensaje revelado) con las propias fuerzas es exponerse al fracaso, aunque esas fuerzas estén sostenidas de una inteligencia aguda.

En el libro de la Sabiduría se expone claramente la ineficiencia de la sola razón humana para conocer a Dios: “¿Qué hombre puede conocer los designios de Dios o hacerse una idea de lo que quiere el Señor? Los pensamientos de los mortales son indecisos y sus reflexiones precarias, porque un cuerpo

corruptible pesa sobre el alma y esta morada de arcilla oprime a la mente con muchas preocupaciones. Nos cuesta conjeturar lo que hay sobre la tierra, y lo que está a nuestro alcance lo descubrimos con el esfuerzo; pero ¿quién ha explorado lo que está en el cielo? ¿Y quién habría conocido tu voluntad si tú mismo no hubieras dado la Sabiduría y enviado desde lo alto tu santo espíritu?” (*Sab 9,13-17*).

Este mismo riesgo existe hoy, como sucedió en el pasado, bajo una forma sutil de gnosticismo que convertiría a los teólogos como una categoría de iniciados cultivadores de una conciencia negada a las ánimas simples. Por este motivo, la necesaria buena voluntad y el uso sabio del estudio deben estar presididos e integrados por la oración con la cual invocamos el don del Espíritu Santo: ¡Manda tu Espíritu, Oh Señor, y renueva la faz de la tierra! (salmo responsorial).

Una oración que encuentra su razón y su certeza en la Palabra de Jesús que hemos escuchado en el Evangelio de Juan, donde Jesús se auto revela como la fuente de agua viva de la cual el creyente bebe la vida para la salvación del mundo. Partiendo de esta fiesta de los Tabernáculos, el último día, cuando los sacerdotes giraban siete veces alrededor del altar del templo con el agua de la naciente de Siloé, Jesús

anuncia el paso del símbolo a la realidad. En Él, de hecho, se realiza cuanto significaba el rito. Él mismo es el agua que cura los hombres enfermos. La humanidad sedienta de la búsqueda del agua que restaura no debe más vagar para buscarla con fatiga porque es Dios mismo que ha venido a socorrerlo, enviando a su Hijo Unigénito: “¡Si alguno tiene sed que venga a mí y beba!”. Es esa la invitación que Jesús ha gritado en pie para indicar la solemnidad del momento y para que todos lo pudiesen escuchar. El evangelista Juan precisa en seguida en qué consiste esa agua viva: “él se refería al Espíritu que tendrían que recibir aquellos que creen en Él”.

Es la promesa del don del Espíritu Santo que descendería sobre la Iglesia naciente después de su resurrección, es decir, después de su glorificación que sucede durante el misterio pascual de su pasión y muerte. De hecho, el mismo Juan precisa que “no estaba aún el Espíritu”, porque “Jesús no había sido glorificado”. Y sabemos bien que para Juan la glorificación coincide con la elevación de Jesús en la cruz. El símbolo del agua será retomado por Juan cuando subrayará que de la herida del costado del Crucificado brotó agua y sangre, símbolos de aquellos sacramentos que son la vía con la que la gracia de la redención ha sido comunicada a aquellos que creen en Cristo.

Entonces, solo a través de la pasión y muerte Cristo se trasmite el agua viva (el Espíritu Santo), que es necesario para nuestra salvación. Solo ahora podrán brotar también para el creyente “ríos de agua viva”, es decir, será posible no solo recibir, sino también transmitir la salvación. Se comprende bien por ello las palabras con las cuales Jesús, en el momento de su ascensión al cielo, invitaba a los Apóstoles a no alejarse de Jerusalén, sino más bien, “esperar el cumplimiento de la promesa del Padre, aquella que vosotros habéis oído de mí: Juan bautizó con agua, vosotros, en cambio, en pocos días seréis bautizados en Espíritu Santo (*Hch* 1,4-5).

Solo con la fuerza del Espíritu, acogido como don del Resucitado, es posible la misión que Jesús ha confiado a su Iglesia: “Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a cada creatura” (*Mc* 16,15). Así, como Jesús había dicho a los Apóstoles, “muchas cosas tendría que deciros, pero por el momento no sois capaces de llevar el peso. Cuando vendrá él, el Espíritu de la verdad, os guiará a toda la verdad (*Jn* 16,12-13).

Por ello es importante no solo considerar los tiempos de la venida del Espíritu Santo, sino también dejar espacio para su acción en nosotros, con la conversión de nuestra mente y de nuestro corazón como fruto de la redención. Por la fuerza de

este Espíritu, San Pablo convertido de su presunción de la justificación a través de las obras de la Ley, en la carta a los romanos, que es la segunda lectura proclamada, anuncia el Reino de Dios como una nueva creación “liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios”. Él invita a las comunidades cristianas, probadas por las persecuciones, a comprender los sufrimientos presentes “como los dolores de parto” de esta nueva creación sin perder ánimo, más bien cultivando la esperanza como virtud que nos hace creer en las cosas que todavía no vemos, pero que han sido prometidas: “Si esperamos en aquello que no vemos, lo esperamos con perseverancia”.

También para San Pablo esto no es obra humana porque “no sabemos cómo orar en modo conveniente”. Es el Espíritu Santo que se nos ha dado desde el bautismo que “viene en ayuda de nuestra debilidad” e “intercede con gemidos inenarrables”. A través de esta intercesión incesante del Espíritu podemos conocer la auténtica voluntad de Dios y tener la fuerza para practicarla “porque él intercede por los santos, según los diseños de Dios”.

He aquí cuanto la Palabra de Dios hoy nos quiere comunicar para emprender bien este nuevo año académico. Todos, docentes y estudiantes, debemos

reflexionar y verificar nuestra disposición para hacernos discípulos del Señor, sometiéndonos a la luz del Espíritu Santo. La enseñanza y estudio de la teología no serán entonces una ocupación profesional separada de la vida y de la práctica de la fe si, como docentes y como estudiantes, os empeñáis en vuestro trabajo, solo así podréis sentir el calor en vuestros corazones, como lo sintieron los discípulos de Emaús.

En esta luz, aparece aún más fuerte la admonición del Papa Francisco por una “teología de rodillas” que lleva a descubrir que Dios es Amor y que nos lo ha transmitido para que lo hagamos circular en este mundo, evitando la “teología del escritorio” que lleva solo a descubrir verdades frías que se convierten en pesos de sobrecargar y no en vía de salvación para todos los hombres.

Esta celebración eucarística, además de dar gracias por el don incomparable del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones, sea también uno coro de invocaciones al Espíritu para que podamos abrirnos a sus inspiraciones. Como escribía San Pablo a los romanos: “No os acomodéis a este mundo. Por el contrario, transformándoos interiormente, renovando su mentalidad, a fin de que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto (*Rm 12,2*). No

se trata, entonces, de renunciar al pensamiento, es decir, renunciar al uso de la razón, sino más bien, antes de conocer la verdad, debemos dejarnos transformar por el Espíritu inspirador; solo con esta renovación de nuestro modo de pensar, que de por sí tendería a la mundanidad, podemos ser capaces de discernir la voluntad de Dios, lo que es verdaderamente bueno y perfecto.

No solo hoy, sino cada día de este nuevo año académico, resuene entonces la invocación al Espíritu Santo: “¡Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos la llama de tu amor!”.

Amén.